

Ceremonia de otorgamiento del Doctorado Honoris Causa de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú a Monseñor Gerhard Ludwig Müller, Obispo  
de la Diócesis de Ratisbona, Alemania

**Por Salomón Lerner Febres**

Doctor Marcial Rubio, Vicerrector Académico y Rector encargado de  
nuestra Universidad;

Doctor Efraín Gonzáles de Orlarte, Vicerrector Administrativo;

Excelentísimo Monseñor Gerhard Ludwig Müller, Obispo de Ratisbona;

Dignas autoridades diplomáticas y gubernamentales;

Señoras y Señores:

La Universidad me ha confiado el honroso encargo de pronunciar el  
discurso de orden en el que se le otorga el Doctorado Honoris Causa a  
Monseñor Gerhard Ludwig Müller, teólogo notable, autor de una vasta y  
sólida obra académica traducida a muchos idiomas, pastor de la Iglesia  
profundamente comprometido con la vida y la conducción de la comunidad  
eclesial en Alemania y en el mundo entero, cristiano ejemplar que ha dado  
testimonio durante décadas de su fe en Cristo, amigo solidario de la causa  
de los pobres y los cristianos en el Perú.

Los indudables méritos académicos, profesionales, pastorales y personales de monseñor Müller han llevado al Consejo Universitario de nuestra casa de estudios a conferirle el Doctorado Honoris Causa, acogiendo así el sentir de la comunidad universitaria, que desea considerar como miembro honorario de su claustro a quien ha cultivado de modo tan encomiable el diálogo entre la razón y la fe. En esta breve intervención, no podré referirme sino muy someramente a algunos de aquellos méritos, y trataré de centrar mi atención en las lecciones que nos deja esta vida ejemplar en relación con la inspiración cristiana de nuestra universidad.

Monseñor Müller nació en Maguncia, Alemania, el 31 de diciembre de 1947, en el seno de una familia obrera que tuvo que soportar la escasez y las penurias de la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esa experiencia habría de dejar huella, como veremos, en la vida y la obra de Monseñor. Con certeza puede afirmarse, en efecto, que Monseñor Müller ha tenido una sensibilidad especial para comprender la causa de los pobres y ha asumido con consecuencia el reto de identificarse silenciosamente con ellos. Ha tomado la iniciativa de venir, desde la cátedra europea, al encuentro de la labor de reflexión teológica que se desarrollaba en nuestro medio, y ha contribuido luego de modo decisivo a su mejor comprensión y su adecuada recepción en Europa.

Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en las universidades de Maguncia, Munich y Friburgo, y se doctoró en Teología en el año 1977 con una tesis sobre la teología de los sacramentos en la obra de Dietrich Bonhoeffer. Ya en esta temprana orientación de sus investigaciones pueden percibirse algunos rasgos de lo que sería la trayectoria vital e intelectual de Monseñor Müller. Dietrich Bonhoeffer, importante pensador evangélico que luchó abiertamente contra el nacionalsocialismo desde la legendaria “Bekennende Kirche” (“Iglesia confesante”) y que fue ejecutado por esa razón poco antes de terminar la Guerra, fue un teólogo original y notable, preocupado por hacer escuchar la voz de Dios en un mundo crecientemente secularizado. En la elección de su tema de tesis, Monseñor Müller expresaba su interés por defender la autonomía de la fe frente a los abusos del poder político, hacía suyo el impulso vital de Bonhoeffer por predicar la palabra de Dios en la nueva civilización secularizada y tendía además puentes de comprensión ecuménica con los cristianos de otras confesiones. Su mentor académico fue Karl Lehmann, hoy cardenal y hasta hace poco presidente de la Conferencia Episcopal Alemana. Bajo su dirección realizó igualmente su trabajo de habilitación para la enseñanza universitaria, sobre la “Comunidad y veneración de los santos. Una fundamentación histórico-sistemática de la Hagiología”. En el año 1986, obtuvo la cátedra de Teología Dogmática en la prestigiosa Universidad de Munich y desde ese puesto de profesor en la Facultad de Teología de una de las mejores

universidades del mundo, ejerció una influencia académica y espiritual muy grande sobre la comunidad de creyentes en Alemania y en el mundo entero.

Su formación académica corrió a la par del ejercicio de su ministerio sacerdotal. Fue ordenado sacerdote en la ciudad de Maguncia, en el año 1978, y después fue párroco en diversas ciudades alemanas, prestando incluso un servicio continuo en la Parroquia “Sufrimiento de Cristo” en Munich durante los años en que ejerció la docencia universitaria. Pero hay además un hecho particularmente relevante del ejercicio de su ministerio que nos corresponde aquí resaltar. En el año 1988, es decir, poco tiempo después de haber sido nombrado profesor ordinario de la Universidad de Munich, Monseñor Müller vino al Perú con un grupo de profesores alemanes de Teología con el propósito de conocer personalmente la experiencia eclesial de América Latina. Los profesores habían decidido estudiar a fondo los trabajos teológicos del padre Gutiérrez y tomarse en serio la propuesta, allí contenida, de realizar una experiencia intensa de teoría y práctica de la teología en vinculación con la realidad social y pastoral de las comunidades cristianas de la región, en especial la de los pueblos andinos. Viajaron, así, durante varias semanas, a distintas parroquias del interior del país y convivieron con las comunidades para conocer su experiencia y sus necesidades. Culminaron su visita con un

encuentro de reflexión en Lima, en el que intercambiaron puntos de vista sobre el papel de la teología en América Latina. La visita de aquel entonces no solo fue ocasión para que naciera y creciera una relación profunda de amistad entre Monseñor Müller y el padre Gutiérrez, sino que fue también un momento decisivo en la vida de Monseñor, quien desde entonces volcó su atención a la Iglesia y a la teología de nuestros países. Así, durante los siguientes quince años, Monseñor Müller volvió regularmente a América Latina, por períodos de seis a ocho semanas, para continuar con esa experiencia eclesial de convivencia con los pobres y para dictar cursos de teología en diversos seminarios eclesiásticos, especialmente en el Cusco. Dedicó, pues, tiempo valioso de descanso de sus actividades académicas en Alemania a compartir solidariamente la vida con los cristianos de las comunidades andinas de nuestro país, sobre los 3000 metros de altura y en las difíciles condiciones de existencia que conocemos. Han sido muchos años de callada dedicación a los pobres y de solidaria experiencia con los cristianos del Perú por parte de un teólogo que poseía y posee la más alta competencia académica y que bien podría haber permanecido en Europa continuando con su labor, atendiendo a muchos requerimientos profesionales y pastorales por los que era solicitado, sin verse obligado a rendir este servicio tan digno de reconocimiento.

Con más de cuatrocientas publicaciones científicas, Monseñor Müller es uno de los grandes teólogos católicos de la actualidad. Hemos mencionado ya su obra sobre la teología de los sacramentos de Dietrich Bonhoeffer y su trabajo sistemático sobre hagiografía; sobre ambos temas ha seguido nuestro autor ofreciendo contribuciones notables a lo largo de su carrera. Pero a ellos se suman muchos otros escritos valiosos, en particular su monumental tratado de *Dogmática católica. Teoría y práctica de la teología*, obra de cerca de mil páginas, traducida a varios idiomas (entre ellos el castellano), y que viene siendo utilizada como manual para el estudio de la dogmática católica y como obra de referencia y de consulta de la comunidad de estudiosos del cristianismo en muchas partes del mundo. En la misma línea de producción sólida y sistemática, Monseñor Müller nos ha dejado igualmente un tratado de Mariología, uno de Eclesiología, uno de Cristología y muchísimos artículos y comentarios en torno a estos temas en las más variadas revistas y publicaciones, incluyendo, por cierto, artículos en la prensa diaria, pues para él nunca ha dejado de ser crucial la comunicación con los creyentes en su vida cotidiana. De entre los numerosos trabajos publicados en esta línea, podría citar quizás uno de los últimos textos por él editados, que lleva el revelador título *La fe es sencilla. Aspectos de la teología del Papa Benedicto XVI*. Y aquella prolongada experiencia de vida que lo trajo al Perú durante quince años y que, entre otros efectos, trajo consigo que Monseñor Müller se convirtiera en un

promotor del diálogo entre la teología europea y la teología latinoamericana, se plasmó también en un libro publicado conjuntamente con el padre Gustavo Gutiérrez, tanto en alemán como en castellano, y que lleva por título *Del lado de los pobres. Teología de la liberación*.

A los méritos de su prestigiosa labor académica y de su abnegada vida pastoral, se suma una intensa y valiosa actividad como asesor y experto en cuestiones teológicas en numerosas comisiones y conferencias episcopales de Alemania y del Vaticano. Entre muchas otras participaciones, que no cabe aquí mencionar exhaustivamente, ha sido perito en el Sínodo de Europa de 1999 y en el Sínodo Mundial de Obispos del 2001. Es presidente de la Comisión Ecuménica y vicepresidente de la Comisión de Fe de la Conferencia Episcopal Alemana; miembro de la Comisión Teológica Internacional dentro de la Congregación para la Doctrina de la Fe y miembro de la Comisión Conjunta de la Conferencia Episcopal Alemana y la Metrópoli Ortodoxa Griega de Alemania; ha representado además a la Conferencia Episcopal Alemana en diversos sínodos en el mundo, entre ellos en el Congreso Eucarístico Internacional realizado en México en el 2004. Integra igualmente importantes instituciones académicas vinculadas a la Iglesia, como la Pontificia Academia Santo Tomás de Aquino de Roma y el Instituto Johann-Adam Möhler, y es miembro correspondiente de la sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España. Ha sido

profesor visitante en muchas universidades del mundo, entre ellas en el Cusco (Perú), en Roma, en Filadelfia, en Kerala (India), en Madrid, Santiago de Compostela y Salamanca (España), en Lugano (Suiza) y en Sao Paulo (Brasil), y ha sido distinguido con el doctorado honoris causa por la Universidad Católica de Lublin y por la Universidad Cardenal Stefan Wyszyński de Varsovia (Polonia).

Confiando precisamente en la afortunada confluencia de tantos méritos, el Papa Benedicto XVI le ha confiado a Monseñor Müller la edición y publicación de sus obras completas, de su “Opera omnia”, gracias a una iniciativa conjunta de la Editorial Herder de Alemania y la Librería Editorial Vaticana. Hace solo pocas semanas, el miércoles 22 de octubre, ha sido ya presentado al público, en Ciudad del Vaticano, el primero de los dieciséis volúmenes previstos. Recordemos que fue justamente en la Universidad de Ratisbona, ciudad que es sede episcopal de Monseñor Müller, donde Benedicto XVI leyó, hace ya dos años, aquella lección inaugural que tanta repercusión tuviera en la prensa internacional, aunque seguramente por las razones equivocadas. La superficial y tendenciosa interpretación que se hiciera de dicho discurso hizo pasar por alto lo más importante, que se expresaba ya en el título con que había sido anunciado por el Santo Padre: “Fe, razón y universidad”. Se trata, en efecto, de una reflexión honda sobre el sentido en que pueden, y deben, entrar en relación

la razón y la fe específicamente en el seno de una universidad. Permítanme traer a colación algunas de las ideas centrales de esa reflexión, pues desearía continuar estas palabras de homenaje a Monseñor Müller evocando el peculiar carácter que hace de nuestra universidad una universidad *católica*.

La idea medular que recorre el discurso del Papa en Ratisbona es que la fe y la razón se hallan profundamente unidas, íntimamente entrelazadas, y que deben por consiguiente actuar en consonancia, sobre todo en el espacio académico que la cultura les ha preservado, que es la universidad. Por eso, precisamente, alude repetidas veces a la sentencia del emperador bizantino Manuel II Paleólogo, según la cual “no actuar en conformidad con la razón (con el *logos*) es contrario a la naturaleza de Dios” (“Nicht vernunftgemäß (mit dem Logos) handeln ist dem Wesen Gottes zuwider“). No actuar en conformidad con la razón es, por ejemplo, actuar con violencia o imponer las propias creencias por la fuerza. Una “guerra santa” sería, por eso, en sentido estricto, un *contrasentido*; la fe solo puede expresarse genuinamente por medio del *logos*, del diálogo, de la razón. Ahora bien, la razón no es un concepto exento de ambigüedad, de manera que tampoco cualquier tipo o interpretación de la razón es compatible con la fe. Lo es – afirma Benedicto XVI–, es compatible con la fe y sorprendentemente aún a ella el concepto de razón, el *logos*, de los griegos, porque los griegos

asumían una idea “ancha” (“weit”), amplia, de razón, que conjugaba la dimensión cognitiva con la totalidad de la experiencia humana, de modo tal que ese enriquecido *Logos* traducía y expresaba también el terreno del auténtico creer. No otra cosa habría querido revelar Juan el Evangelista al ofrecernos “la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra en la que todas las vías frecuentemente fatigosas y tortuosas de la fe bíblica alcanzan su meta, encontrando su síntesis: *En el principio era el «logos», y el «logos» es Dios...*” (B.XVI, Discurso de Ratisbona).

No es este, sin embargo, el concepto de razón que se ha impuesto en nuestros días. Desde los inicios de la modernidad, nos dice el Papa, se ha pretendido “deshelenizar” tanto la concepción de la razón como la concepción de la fe, produciéndose una fractura que ha ido en detrimento de ambas, no solo de la fe sino también de la razón. Ha prevalecido, de un lado, una interpretación reduccionista de la razón, que privilegia solamente su dimensión utilitaria y renuncia a las cuestiones relativas al sentido de la existencia. Y se ha caído con frecuencia en el reduccionismo inverso que consiste en desligar a la fe de su encarnación en la razón y en la cultura, renunciando a la unidad que les era consustancial en los tiempos originarios. Buscar nuevamente esa unidad, recuperar la “anchura” de la razón: esa es una tarea, nos dice Benedicto XVI, que le corresponde

precisamente a la universidad, en especial a una universidad de inspiración católica.

Conviene quizás recordar, en este contexto, que poco tiempo antes de su elección como Sumo Pontífice, sostuvo el cardenal Joseph Ratzinger un célebre diálogo con el filósofo alemán Jürgen Habermas, diálogo que ha sido ya publicado en muchos idiomas con el título *Dialéctica de la secularización*. Uno de los puntos de concordancia entre ambos pensadores, pese a sus evidentes y naturales diferencias, fue precisamente el que coincidieran en su juicio sobre el reduccionismo de la razón moderna y en la necesidad de prestar oídos a las fuentes preconceptuales, especialmente las fuentes religiosas, de las que se nutre el formalismo de la razón secularizada.

Corresponde, pues, a la universidad recuperar la anchura de la razón, en ese preciso sentido que surge de la confluencia entre el logos griego y la palabra revelada. Acaso una demanda similar se hizo escuchar por parte de una de las mentes más lúcidas y sensitivas del siglo XX, el poeta T. S. Eliot, quien escribiera alguna vez: “Tuvimos la experiencia, pero extraviarnos el sentido / Un acercamiento al sentido recupera la experiencia”. Él hablaba, como sabemos, de una turbia realidad general, de las tribulaciones de una civilización prisionera de un secularismo ingenuo,

reducida a la banalidad de la experiencia histórica lo mismo que a la inanidad de la vida cotidiana. Pero es dable –de hecho, ahí reside la fuerza de la genuina poesía– aplicar esa amonestación general a nuestras realidades particulares para decir, siguiendo las reflexiones de Benedicto XVI, que es una tarea ineludible de la universidad, de una universidad católica, rescatar en todo tiempo y circunstancia el sentido profundo de su obrar. Y ello implica preservar y fortalecer el sentido de nuestra misión como institución atenta al universo del quehacer y del destino humano, colocando en el centro de ese esfuerzo la defensa de la palabra, del logos, de la razón, esto es, el rescate de la acción humana con sentido y del diálogo razonable como vía para la convivencia y el bienestar de la sociedad.

Sabemos que la pérdida del valor de la palabra es uno de las grandes calamidades de nuestro tiempo. Ello es cierto no únicamente para nuestro país, sino también para el escenario mundial. Entre la mentira y el cinismo, entre la voluntad de destrucción alimentada por ambiciones y fanatismos y la simple banalidad de la cultura del entretenimiento masivo, las promesas de una vida mejor para todos en este siglo que comienza se ven una y otra vez defraudadas, desmentidas por guerras innecesarias y colosales escándalos de corrupción. Y, sin embargo, lo sabemos, es nuestro deber

perseverar con tenacidad en la defensa del valor de las palabras, que es tanto como decir, al fin y al cabo, la defensa de la verdad.

La Universidad es el recinto de la palabra, porque su misión es la creación, acumulación y transmisión del conocimiento humano. Nada, ni edificios ni maquinarias, ni paredes ni equipos, puede sustituir entre nosotros, universitarios, al poder del discurso compartido y del diálogo, incluso la discusión, de buena fe. Podemos imaginarnos la enseñanza y el aprendizaje desprovistos de todo recinto material –en el origen de nuestra tradición, se halla precisamente el sabio peripatético impartiendo sus lecciones y sus dudas en un paseo con sus discípulos–, pero sí es un contrasentido practicar la vida universitaria ahí donde la fe en las palabras se ha perdido y donde el discurso –ese vehículo de nuestra inteligencia y de nuestros afectos– se ha pervertido en mentira y fraude o se ha adelgazado hasta convertirse, apenas, en lenguaje instrumental, propio para manuales de este o aquel aparato, pero no para la creación de relaciones humanas.

Ahora bien, si el cultivo y la defensa de la palabra con sentido son una obligación genérica de la universidad, ambos constituyen también un deber particular para una institución que se reconoce y se proclama católica y que, en cuanto tal, busca y encuentra su camino y su inspiración en las Sagradas Escrituras. Ellas, precisamente, nos enseñan, como nos lo ha

recordado el discurso del Papa en Ratisbona, que “en el principio era el Verbo”. Y es en ellas, asimismo, donde encontramos esta revelación insuperable: el primer mandato conferido por Dios al hombre fue el de nombrar a las cosas. La Palabra, que es *logos* o sentido, se constituye así en el origen del universo y se sitúa en las raíces de la existencia humana en cuanto experiencia que es al mismo tiempo terrenal y trascendente. Por ello, no hay pueblo sin lenguaje, como no hay lenguaje que no consienta un acercamiento al sentido del mundo y de la existencia.

No obstante, ella, la Palabra, no es para los católicos solamente vehículo del conocimiento y de la humanización del mundo por mandato de Dios. Ella es, también, fundamento de nuestra comunidad, cimiento de nuestra existencia como criaturas de un mismo Creador y, por lo tanto, como hermanos en el mundo que fuimos invitados a cohabitar. Ella, la Palabra, es nuestro lugar común, el espacio de nuestro encuentro, es el bien supremo que compartimos en la comunión, ese acto que rememora y, más que eso, restituye y actualiza la unidad del Verbo y de la carne.

Frente al sinsentido y la arbitrariedad, frente a la amenaza siempre vigente de la insignificancia, la universidad ha de actuar en todo tiempo y en toda sociedad como el reducto y la fuente de la palabra con sentido. La discusión y la reflexión, el atesoramiento y la transmisión del saber, la

construcción de puentes entre la meditación detenida y la acción que avanza están en su naturaleza desde siempre; y, siendo fiel a esa naturaleza, una universidad es, también, leal con las sociedades que las albergan.

Preocupa, por ello, que también la experiencia universitaria haya recorrido caminos inciertos en muchas partes del mundo: la pérdida de apoyo de la universidad pública, es uno de ellos; el otro es el surgimiento de un modelo de inspiración pragmática y de perspectivas cortas que se ha dado en llamar la *neouniversidad*. La *neouniversidad* se constituye, en efecto, a partir del despojo de sentido de la enseñanza. En ella, la búsqueda del saber es sustituida por el culto a una razón instrumental que se rehúsa a todo cuestionamiento. En ese modelo, ya no se trata de formar personas en la plenitud de sus capacidades, sino de promover una educación unidimensional, desprovista de la riqueza y de los matices necesarios para desplegar a plenitud la conciencia del estudiante. Ese espacio de compromiso con el saber, que debería ser la universidad, queda reducido, así, a una mera relación contractual entre el maestro y el alumno, en donde no cabe el examen de la diversidad del conocimiento y de la realidad humana y en donde, por supuesto, tampoco hay lugar para el examen de las consecuencias éticas de la ciencia y del quehacer profesional. En la neouniversidad, la especialización extrema es la norma y, por tanto, en ella la desintegración del conocimiento encuentra un lugar en el cual prosperar.

En la neouniversidad, los resultados se miden por su inmediatez y no por su trascendencia y, por ello, lo fugaz es más importante que lo permanente. En la neouniversidad, sólo se considera útil lo que rinde dividendos y, por tanto, la ciencia se transfigura en una caricatura de sí misma.

No es esa la práctica de una universidad auténtica y responsable; mucho menos puede serlo para una universidad que se proclama católica. Entre nosotros, arte y ciencia, método y técnica están remitidos siempre a una búsqueda del sentido, y por ello, en nuestra comunidad, el aprendizaje y la enseñanza no se reducen jamás a instrucción y entrenamiento, sino que son, en sentido estricto, *educación*: formación humana, apertura a la diversidad del mundo, cultivo de la palabra como medio de iluminación de nuestro intelecto, como fuente motivadora de nuestros actos y como alimento constante de nuestra vida espiritual. Y es a ello a lo que en rigor nos referimos al decir que el horizonte de nuestra vida institucional es el *humanismo*.

No reduzcamos el humanismo a la erudición. Él es, fundamentalmente, una perspectiva ética que antecede al cultivo de la ciencia y de las letras y que los justifica. Practicar el humanismo significa, en efecto, entender que el deber-ser es anterior al ser, asumir la precedencia de los valores frente a los hechos. Sin ese resguardo moral, como se ha visto en el siglo XX, la

ciencia corre el riesgo de desprenderse de sus fines verdaderos o, peor aún, de someterse a intereses que la obstruyen y la enajenan. Por el contrario, el conocimiento éticamente conducido, empeñado en aprehender la vastedad y la pluralidad de la experiencia humana, no se inclina ante ninguna consigna, no consiente ninguna restricción y aspira solamente a *hacer bien*.

Así, el saber asumido sin restricciones, dentro de una comunidad abierta al diálogo, y la formación que atiende a la complejidad de la persona humana, constituyen dos rasgos de la identidad permanente de la Universidad Católica. Ahora bien, no es sin propósito que he invocado la pluralidad del conocimiento al mencionar el carácter humanista de nuestra comunidad académica. En efecto, si nos reconocemos, según propongo, como buscadores de sentido, es conveniente señalar que esa búsqueda implica abrirse a la admisión de lo diferente en cuanto diferente. Buscar el sentido es comprender que estamos aquí y ahora para dialogar con los demás, incluso si ese diálogo cobra la forma de la discrepancia. El sujeto inteligente –el ser humano habitado por la voluntad de comprender– no se concibe jamás como un colonizador de lo Otro, presto a anular sus particularidades para convertirlo en territorio de conquista de nuestro propio ser, sino, más bien, como un ser hospitalario: como seres inteligentes, como sujetos de comprensión, invitamos a lo diferente –a los Otros– a ingresar en nuestra casa y a formar parte de nuestra conciencia.

Entendemos, pues, que la Universidad es el lugar privilegiado para el diálogo, la ciencia y la cultura. En razón de nuestra identidad católica, tenemos el deber de preservar la comunicación entre la fe y el conocimiento y, por lo tanto, de impulsar la formación sustentada en los valores superiores. Por ello, con frecuencia marchamos a contracorriente de las ideologías de turno y nos convertimos en el ámbito crítico en el cual ellas pueden ser entendidas en su contexto y en su sentido. Así, nos negamos hoy a caer bajo los atractivos señuelos del lucro, la competencia y el mercado. Como en los años fundacionales de nuestra casa de estudios, percibimos con claridad la necesidad de distinguir entre medios y fines, y, sin ánimo de anclarnos en el pasado, reivindicamos nuestro compromiso con los principios permanentes que dan sentido a nuestra misión.

Hay, como vemos, muchos retos a los que debemos hacer frente hoy como antaño. Recordemos que fue precisamente en un contexto de secularización de las ideas en el Perú que nuestros fundadores acometieron, no sin dificultades e incomprensiones, una tarea que exigió un notabilísimo esfuerzo. Quienes iniciaron el cambio que hoy seguimos eran conscientes de la necesidad que tenía el Perú de una institución académica que reasumiera el desafío de cultivar el conocimiento en todos los ámbitos bajo la inspiración de la fe cristiana. Aquellos eran años signados por la

introducción de la modernidad, entre la construcción de un nuevo Estado y los debates del pensamiento que proponían transformaciones sociales y económicas profundas; entre las pugnas de los distintos sectores de la nueva clase dirigente y el surgimiento de la conciencia nativa. Como en nuestros días, se vivían, pues, cambios científicos y técnicos vertiginosos, se abrían sorprendentes vías de comunicación mientras la física y las ciencias naturales impugnaban viejos dogmas.

Es comprensible que en esta exaltación por el cambio se hayan derrochado energías para poner de lado la dimensión espiritual juzgada como anacrónica y que, en medio de este ambiente, el Padre Dintilhac, nuestro fundador, haya sido visto algo así como el apóstol de una causa vetusta. Sin embargo, hoy observamos con orgullo que esa tenaz convicción rindió sus frutos hasta hacer de la Universidad Católica una de las instituciones académicas más prestigiosas y que mayores aportes ha ofrecido al conocimiento intelectual y al crecimiento de la conciencia ética en el país. Fue esa fe, conciente del *aquí y del ahora*, pero permanente en su origen, la que hizo posible que nuestra comunidad mantenga su coherencia y su calidad por sobre los embates de las coyunturas.

\*

Buscar la “anchura” (die Weite) de la razón en la universidad, ampliar sus horizontes para permitir el diálogo con la fe, es una tarea urgente en nuestra

época y que bien puede expresarse por medio de la aspiración a ver cumplirse en ella el ejercicio de las virtudes teologales. Ante una ciencia especializada y fragmentaria, profesionalizante y mercantilista, que parece haber renunciado a las exigencias de la verdad, la universidad católica debe mantener viva la *fe*, la fe que vivifica porque se abre a la pregunta por el sentido y la unidad de la existencia. Ante un mundo marcado por el nihilismo y la ausencia de horizontes, por la opresión de las redes sistémicas y los requerimientos tecnológicos de la globalización, la universidad debe transmitir un mensaje de *esperanza*, que sirva de inspiración a los jóvenes y de guía a la sociedad, orientando la mirada hacia los valores y los principios trascendentes. Y ante una humanidad caracterizada por el egoísmo y la confrontación, por la violencia y las guerras persistentes, la universidad católica debe dar muestras prácticas y teóricas de que vive animada por el supremo valor de la *caridad*, y debe irradiar esta convicción ética en todas sus actividades de docencia, investigación y proyección social.

El “programa” que debiéramos trazarnos en el presente es, por eso –nos dice Benedicto XVI–: “valentía para alcanzar la anchura de la razón, no renuncia a su grandeza”. Y continúa: “En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a encontrar este gran «logos», esta

anchura de la razón. Redescubrirla constantemente, es la gran tarea de la universidad".

Al celebrar hoy el otorgamiento de esta distinción académica a Monseñor Gerhard Ludwig Müller, le expresamos al mismo tiempo nuestro agradecimiento y nuestra satisfacción por poder contar con él como miembro ilustre, como doctor honorario, de nuestro claustro, y deseamos comprometerlo con esa causa de nuestra universidad. Y eso ocurrirá porque confiamos plenamente en su sabiduría, en su talento y en su solidaridad que lo hacen para nosotros un leal amigo y compañero en los intentos compartidos por los que buscamos proyectar los logros de la honesta razón, en los horizontes trascendentes de una fe auténtica, una esperanza salvífica y una caridad comprometida en el amor a Dios y a su mayor creación: los otros hombres, nuestros hermanos.

Muchas gracias

**SALOMON LERNER FEBRES**

Rector Emérito

Pontificia Universidad Católica del Perú

L.28.11.2008

